

POSTALES DESDE LA VILA

LA PANDEROLA

El sol puede llegar a ser muy cruel con una vieja máquina, aunque se trate de una de vapor. Pero no es tal vez el astro rey el que más dolor produce. Es la falta de futuro lo que se hace más insoportable cada día.

Así como los difuntos en la vieja civilización egipcia, los restos obsoletos, la materia inerte de la que fue en otro tiempo alegre locomotora a vapor descansan al oeste de la ciudad. A la parte del ocaso, como siguiendo el antiguo rito del sol, Vila-real sitúa a sus muertos, y no podía ser menos este ilustre antepasado de hierro.

Su infancia fue ciertamente gozosa. Tras un parto no excesivamente complicado para su época, salvadas ciertas dificultades técnicas y financieras, su nacimiento aportó la alegría propia de un hijo querido y esperado. Todos se alegraron por ver aquel pequeño tren atravesar las huertas entre Castelló y su Grao. Un año después, 1889, ya había crecido tanto que llegaba hasta Vila-real, pasando por Almassora y atravesando el río que divide las dos Planas. Y en poco más de otro año alcanzaba su mayoría de edad, a la vez que se elevaba sobre el nivel del mar con su llegada a Onda, el puerto de toda la sierra. Aún joven tomó un nuevo impulso para alargar uno de sus férreos brazos hasta Borriana.

El del pequeño tren era un hogar feliz. La Plana conocía una expansión económica sin precedentes. El agua surgía de debajo de las piedras, no sin esfuerzo, y las flores de azahar perfumaban cada rincón de la casa con una intensidad que crecía día a día. La cerámica comenzaba a hacer aún más noble el pequeño mundo de una criatura engendrada para mayor gloria y servicio de sus habitantes.

El tranvía de vía estrecha no era ajeno a todos esos cambios que se experimentaban a su alrededor. Por el contrario, su crecimiento y desarrollo eran en parte causantes y efectos a la vez de ello. Mientras, a lo que si era ajeno era a las disputas que en su entorno se producían. Lo suyo era trabajar. Quedaban para otros los celos entre ciudades por llevarse sus servicios, o la polémica sobre el puerto de Castelló, -mar donde desembocar su valiosa mercancía rumbo al mundo-, que evidenciaba que, en ocasiones, los políticos son los peores enemigos del pueblo, especialmente si éste no los elige o si su voluntad es secuestrada por caciques que se suceden en largas, interminables dinastías.

Plana arriba, Plana abajo. Lenta, pero segura, la pequeña comitiva de locomotora, "made in Germany", y coches de Flandes hacía su diario recorrido invariable, siempre al servicio de su comunidad. Y ello a pesar de las duras críticas que a veces recibía, por no ha-

blar del caricaturesco mote que le impusieron y que acabó convirtiéndose en su más popular apodo. Gracias a Dios, no cuajaron los epítetos de "chafa-agüeles", faltaría absolutamente de criterio objetivo, así como tampoco otros que hacían referencia a su lentitud. "De Castelló a Almassora va un tren que vola". Es fácil criticar cuando no se ha pasado por la experiencia de soportar una gran carga sobre las espaldas día tras día, hasta completar toda una vida de trabajo honrado y callado.

Y es que al pequeño tren le gustaba su cometido. Y le gustaba la gente. Tal vez por ello, en su recorrido, se acercaba a sus casas, como queriendo compartir un poco de su vida, un atisbo de su intimidad. Es dura la soledad del corredor de fondo, y el pequeño tren a vapor lo experimentó en sus propias entrañas de metal. Por ello, disfrutó siempre más transportando personas que mercancías. Estas fueron abandonándole, según este lado de la Plana iba avanzando en su proceso de convertirse en una pequeña conurbación.

Una de sus mayores alegrías era transportar a niños y jóvenes. Ellos más que nadie sabían valorar la aventura que suponían aquellos pocos kilómetros a lo largo del estrecho camino de hierro. Bien entre las casas que se sucedían unas tras otras a lo largo de las calles por las que discurrían sus circuitos urbanos, bien entre los verdes naranjales infinitos, el viaje era siempre una experiencia renovada de reminiscencias ensoñadoras que iban de Aghata Cristie a los hermanos Marx, -¡más madera!-, de las praderas del oeste americano a las blancas estepas siberianas, a lo largo de personajes, situaciones y lugares que tenían como nexo de unión un legendario tren.

Pero el tiempo corría en su contra. El alegre e inofensivo vapor sobre ruedas pasó una guerra, y cambió de padrinos, mientras a su alrededor crecían nuevos artefactos, nuevos caminos que pugnaban por arrebatarle el trabajo que durante tanto tiempo ya venía realizando.

El mismo capitalismo que lo concibió iba ahora a relegarle a un segundo plano a todas luces injusto. ¿Dónde habían quedado los festejos a los que dio lugar su nacimiento? Ahora le acusan de ser antieconómico, además de constituir una molestia para las ciudades a las

que sirvió durante tres cuartos de siglo. Los habitantes de la Plana tenían nuevos dioses a los que adorar. Así que, en el umbral de un desarrollismo sin cabeza, se expedía su cédula de incapacidad laboral permanente, a pesar de sus esfuerzos por modernizarse y adaptarse a nuevas fuentes de energía.

Con el tiempo, el recuerdo de su efigie, galopando alegremente a lo largo y ancho de nuestro paisaje, así como el reconocimiento a su talante, servicial y humilde, fue creando en torno suyo una aureola de leyenda que sólo los grandes de la historia alcanzan. Y los villarrealeses, conscientes de que no querían perderlo para siempre, le reservaron un trocito de su casa, en el ala oeste, como mandan los cánones para la ocasión, para tenerle presente en todo momento. Allí, entre los niños y niñas que juegan en el parque o entran y salen de la escuela, entre los hombres y mujeres mayores que pasan sus horas al sol en el jardín donde se alza la que fue su estación en Vila-real, reposan sus maltratadas planchas de metal, orientadas, precisamente, hacia ese edificio donde tantas veces le esperó su público, siempre impaciente. La vieja estación, su fábrica, ha dado cobijo a otras actividades ciudadanas. Los que fueron sus caminos, tantas veces recorridos incansable e invariablemente, han dado paso a avenidas, carreteras y hasta jardines.

¿Puede sentirse olvidado nuestro pequeño y viejo tren?. Ciertamente no. Su cuerpo, encerrado tras una pequeña valla de madera, es ya incapaz de salir "volando" de su monumento funerario. Pero su espíritu continúa vagando libre entre huertos embriagados de azahar en el recuerdo de aquellos que lo conocieron, y en la imaginación de esos otros que, tan jóvenes, sólo pueden intuir, a través del relato de sus mayores, cuan excitante pudo ser el pasado de este anciano que todavía puede prestar un último servicio a su comunidad: la de ser símbolo de varias generaciones de hombres y mujeres que hicieron posible la modernización de la Plana. Por ellos, por su memoria, ha de resistirse a quedar reducido a mero cacharro viejo abrasado por el tórrido sol mediterráneo.

EDUARDO PÉREZ ARRIBAS

